

otro, impiden problematizar el conocimiento, hacen innecesaria la autojustificación, y, por tanto, alejan la posibilidad de necesitar una actitud crítica. Hume, sin embargo, estaría más cercano a ella si hubiera intentado resolver las dificultades teóricas del *Treatise*, en lugar de modificar su concepción del saber. Por otra parte, al rechazar el concepto de Dios, como principio coadyuvante del sistema, y otorgar al sujeto mayores posibilidades de alteración y constitución de los objetos de conocimiento, muestra ya un claro avance histórico con respecto al planteamiento leibniziano.

El estudio está llevado a cabo con gran detención en los análisis de los conceptos claves, relevantes a la hora de la comparación, y de los subsiguientes desarrollos de cada concepto para hacer más matizada la comprensión de ambos sistemas en conjunto. El autor ha sabido mantener además las tres guías de análisis a lo largo de todo el libro de manera clara y en beneficio de la objetividad de sus conclusiones, que aportan un mayor esclarecimiento a la comunidad de temas y diferencia de actitudes que suponen las dos posiciones filosóficas.

PILAR ABRAIRA

MALHERBE, Michel, *La philosophie empiriste de David Hume*, Librairie philosophique J. Vrin, Paris, 1976, 322 págs.

Este libro de Malherbe intenta comprender la filosofía de Hume desde lo que podríamos llamar una doble perspectiva genética; por una parte, haciendo descansar todo el peso de la filosofía humeana sobre su pretensión de radicalidad a ultranza, de la que se derivaría su empirismo, su atomismo y su escepticismo, y por otra parte, partiendo ya de la radicalidad empírica, seguir los pasos estrictos de la génesis del espíritu. Y propone por base de estas perspectivas la actitud que debe mantener todo comentador de Hume, no buscar un principio general y evidente a su filosofía, sino seguirle en sus pasos errantes (pág. 17), deshaciendo de este modo los problemas que pudieran parecer fruto de incongruencias evolutivas en su filosofía. Pretende también con este nuevo acercamiento reducir a cero las objeciones que se le han hecho a Hume de psicologista, mecanicista, incluso de hipocresía, que proceden de no haber comprendido ni su propósito de radicalidad —establecer una ciencia más allá de la lógica y la psicología— ni de llevarlo a cabo en términos de un estudio genético que describiría los pasos de la naturaleza humana hasta lograr el «efecto» de la razón.

La radicalidad viene entendida como el interés profundo de instaurar una nueva ciencia a partir de una metodología consciente y precisa. A este respecto el autor señala que hasta cierto punto no es tan interesante saber lo que Hume toma de Newton, como seguir el desarrollo de su fundamentación, de la moderna ciencia (pág. 45), que había planteado por fin de un modo serio la cuestión del empirismo: qué es la experiencia.

El problema que se le planteaba a Hume era, después de haber desentrañado la esencia del método experimental de la física (la matematización de los datos obtenidos a partir de la experiencia), poder encontrar para una nueva ciencia, *más amplia, más abarcadora y primera, un método semejante que partiendo de los datos reales de la experiencia, pudiera llegar a resultados alejados de todo dogmatismo*. Para poder acceder a este ideal de precisión metodológica, instaura como principio general del análisis empirista la posibilidad de la medida, fondo de la matematización, matematización que no es más que «réduire le complexe en ses éléments simples, renvoyer le réel à la source de toute précision, à savoir l'impression» (pág. 56). El mismo método es el que exige partir de la experiencia, limitarse a ella, y a la *operación con los datos empíricos*. Si como fondo de toda experiencia radical no puede irse más allá de la impresión, la experiencia-impresión será el origen del que hay que partir para la elaboración de todo intento de ciencia; pero llegar a las evidencias de la impresión ya implica un método de análisis, de descomposición de lo complejo (de las percepciones, de la experiencia vulgar). En cierto modo los datos primitivos de la nueva ciencia han de ser obtenidos a través de una metodología, de un principio de análisis ya engendrado, el cual llevará a la conclusión atómica de lo originario: «l'impression atomique est l'absolu de l'expérience» (pág. 94). Este principio de análisis sería el núcleo newtoniano de la filosofía de Hume.

El paso final de esta primera génesis será el escepticismo, «l'empirisme est sceptique par essence» (pág. 99). Malherbe pone especial cuidado en caracterizar el escepticismo de Hume. En primer lugar lo presenta como el desarrollo lógico de un empirismo radical (pág. 24), como conclusión de una ciencia experimental (pág. 45), como fruto del naturalismo (pág. 15); como escepticismo *territorial* que recae no sobre la extensión del conocimiento, sino sobre su misma naturaleza, *fin del proceso de afán de precisión* (pág. 35). Finalmente como un escepticismo *científico*: «ni scepticisme pénitente (quand le péché du dogmatisme se retourne contre le dogmatisme), ni scepticisme tragédie (quand la raison se suspend dans l'impossible vérité), mais le scepticisme tranquille et souriant d'une science sceptique» (pág. 13); «le scepticisme humien est beaucoup plus redoutable: l'esprit est capable de science et de vérité; il dispose de règles pour diriger sa connaissance. Mais il ne peut se reposer dans la certitude de soi: il est proprement sans fondement» (pág. 14). Lo que le otorga este valor científico es precisamente su moderación, caracterizada de positiva (págs. 23, 231), por cuanto no es una moderación impuesta por las necesidades vitales ni como remedio a una amenaza interior a punto de hacer explotar el sistema, sino que es fruto de los análisis metódicos llevados a cabo sobre la naturaleza del conocimiento, los cuales ponen de manifiesto la posibilidad que tiene la imaginación, incluso dentro de su poder ficticio, de dar forma a un sistema científico, imponerle reglas, métodos y límites (pág. 239), posibilidad que viene precedida por el análisis humeano de la causalidad (pág. 134), valorando el registro ideal de esta peculiar relación que la imaginación establece, y que la razón puede controlar críticamente.

El autor, a lo largo de su libro, ha logrado poner de manifiesto la coherencia más amplia de la filosofía de Hume, en cierto modo gracias a una estructura circular que comienza ofreciendo las perspectivas y posibilidades humeanas de llegar a establecer una ciencia y acaba con el último paso de la génesis del entendimiento, la formación de la razón en cuanto legisladora y normativa de toda ciencia crítica.

El estudio de esta génesis es particularmente detenido, a partir de la experiencia-impresión, fruto del análisis empírico en su búsqueda de un comienzo empírico radical, el espíritu se va formando poco a poco, desligando a las impresiones originarias de su caos y haciéndolas perceptibles en un contexto espacio-temporal, que propiamente no pertenece a las impresiones —que son simples y autónomas—, ni tiene existencia independiente por sí mismo. Espacio y tiempo son los modos fenomenales de las impresiones, su manera de aparecer, perteneciendo siempre al orden del *feeling*. En esta fenomenalización de las impresiones es donde da comienzo el surgir del espíritu (del entendimiento), su nacimiento y poco a poco su formación.

De la experiencia absoluta de las impresiones, se ha pasado a la experiencia perceptiva, que a su vez podrá ser acumulada como experiencia pasada gracias a la acción de la creencia natural de la memoria que, al conservar las ideas, por una parte permite la aprehensión de la temporalidad —pues la impresión queda diluida en el instante—, por otra suministra el orden reiterado de acontecimientos que permitirá al entendimiento proyectarse al futuro en su previsión de los hechos, y al presente en su determinación de existencias ausentes, según las relaciones de causalidad que la imaginación comienza a establecer como oficio natural, no racional. La razón será el efecto último de todo este peregrinaje contingente, cuya principal misión será la evaluación a la vez normativa y crítica, la producción de reglas que vuelvan coherentes los «hechos» percibidos, y, al mismo tiempo, reglas que repriman los abusos de las mismas reglas legalizadoras. Pero esta legalidad no es percibida, sino construida, no es el reflejo de un orden, sino la regulación de un orden producido por las asociaciones naturales de la imaginación.

En todos estos pasos genéticos nos encontraremos con «potencias», o mejor, con acciones que van indicando poderes: la «imaginación» que ordena y asocia, pero que en sí misma, a pesar del conocimiento que podamos tener de su amplio poder gracias a los efectos observables, permanece desconocida, sin impresión que la delate; la «tendencia al placer» que urge al entendimiento a la elaboración de un orden, a la previsión, para evitar el desconcierto y temor antivital del caos primitivo y la inseguridad; la «simpatía» que permite una «salida» cognoscitiva al mundo social, cumpliendo, en este sobrepasar la experiencia radical de la impresión, la misma función que la imaginación al crear un mundo y un yo, sus dos obras más grandes y ficticias, porque son ideas sin impresión correspondiente, son pura relación, relación de necesidad y relación de coherencia unidas para llegar a crear aprióricamente unas ideas nuevas, a partir de un principio de identidad forjado por las relaciones espacio-temporales, administradas conve-

nientemente a las impresiones hasta alcanzar las condiciones de independencia, distinción y permanencia.

El fruto último de este proceso, la razón, es tan accidental y contingente como el resto de los demás productos. La razón es un efecto, no un principio de necesidad que recorre la naturaleza. La naturaleza es pura tendencia que actúa a través de sus tres principios (imaginación, tendencia al placer, simpatía). A la vista de estas conclusiones que pueden elevarse a principios, Hume concluye la tarea de instaurar la ciencia nueva de la naturaleza humana, la ciencia que da cuenta escépticamente de los modos del conocer, modos que en cuanto principios pueden ser aplicados a otros campos del saber (moral, política, religión). Para los cuales la conclusión general obtenida es que el hecho es el que crea el derecho, no hay una razón de lo natural, no existen el deber ni la obligación, son solamente tendencias naturales que se cumplen sin finalidad, se observan empíricamente, son elevadas a norma por la razón, que es una razón determinada y no determinante.

En su estudio detenido y pormenorizado Malherbe ha presentado la estrategia humeana desde sus principios más generales hasta sus conclusiones más particularizadas en los diversos campos de la filosofía moral, como una labor estrictamente coherente con la elección empirista de Hume, como el cumplimiento acabado de una ciencia escéptica que, planteándose su propia posibilidad, llega al fundamento de un saber crítico (fundamento que no es racional, sino empírico) extendible a otros campos que hasta entonces habían carecido de una metodología de cierta precisión. La estrategia de Hume comienza con el análisis de los prejuicios científicos, alcanza la radicalidad de las experiencias originarias, y vuelve a la superficie con conclusiones que tiñen de escepticismo, pero que, sin embargo, no coartan el progreso de las ciencias.

PILAR ABRAIRA

T. PENELHUM, *Hume*. The Macmillan Press. London and Basingstoke, 1975, 223 páginas.

En el Prefacio, Penelhum señala la importancia de una visión conjunta de toda la obra de Hume. Es esta la finalidad de su estudio, que no pretende ser un análisis exhaustivo de los temas nucleares de la filosofía humeana, sino presentar la coherencia de pensamiento que subyace a todo su sistema, y las mutuas conexiones e implicaciones entre su epistemología y su filosofía moral.

Este aspecto es original, porque, según el autor, el interés por Hume se ha centrado, general o preferentemente, en el *Treatise...* I y en la *Enquiry...*, lo que dificulta una visión comprensiva de su significación, por la polarización que supone de los objetivos e intereses del propio Hume.

Divide, Penelhum, su estudio en 8 capítulos, en los que trata de: «la vida de Hume y sus objetivos filosóficos», «causalidad e inducción», «percepción», «identidad», «pasiones», «voluntad», «moralidad y sociedad» y «religión»: se